otro, donde moraban los religiosos, porque todos participasen de su ayuda. Cuando tuvo edad tomó el hábito de la orden y en ella trabajó hasta la última vejez, con el ejemplo y doctrina que se verá en el tratado de los *Ilustres varones*, libro último de esta historia, tratando de su vida: llamóse después fray Alonso de Molina.

CAPÍTULO XV. *De cómo esta conversión de los indios fue obrada por medio de niños, conforme al talento que Dios les comunicó, y de cómo los religiosos se mostraron niños con los niños*

UESTRO OMNIPOTENTÍSIMO DIOS (cuyas obras son en sí maravillosas) siempre tuvo por estilo de engrandecer en el mundo las cosas humildes y pequeñas, y abatir las altas y soberbias; y las misericordias y grandezas que por su infinita bondad ha querido mostrar a los hombres, siempre las obra por instrumentos bajos y humildes y de poca estimación, cuanto al parecer del mundo.[1] Quiso redimir a su pueblo de Israel y sacarlo de la opresión de Egipto; llama a Moysén de las partes del desierto, que si notamos la disposición que en él había, para caso tan eminente y grave, veremos que en la ocasión que fue llamado era pastor que guardaba las ovejas de su suegro Ietro, hombre que vagueaba solo y sin compañía, por los desiertos y tierras solitarias, con ovejas y cabras, hombre fugitivo y ahuyentado de su pueblo, con el temor que cobró, de que había de ser acusado ante el rey por homicida, balbuciente y tardo de lengua; y a éste, con estas desemejantes condiciones, lo elige por Dios de Faraón; para mostrar al mundo su omnipotencia y que su poder era sueño y no poderío, pues un hombre tan desigual a su grandeza, lo vencía en todo. Para quitar la vida al filisteo Jayán, soberbio y arrogante, y que hacía temblar todos los ejércitos de Israel, y que su rey, con ser tan grande y corpulento, que dice la Sagrada Escritura que cuando fue electo parecía sobre todas las cabezas de todos, siendo más alto que ellos, no osaba acometerle, resucita Dios en medio destos temores el ánimo de David, no el mayor de los hijos de Ysay, no el que tenían por más hombre, de ocho que eran, sino al menor de todos, el de menos cuenta, y que por menos estimado guardaba ovejas, a éste saca de este ejercicio humilde y lo pone de pies, sobre el pecho altivo de su enemigo y contrario, y saca a su pueblo con la victoria que dudaban. ¿Qué cosa más abatida y más menospreciada y tenida en poco hubo en el mundo, que la sacratísima humanidad de nuestro redemptor Jesucristo, acoceada, abofeteada, escupida y en mil modos escarnecida, por cuyo medio obró Dios la redempción del género humano? La cosa más grandiosa y preciada, que en el mundo se ha hecho, poniendo Dios la satisfación de su honra en las afrentas y escarnios que esta humanidad santa en sí sufrió,

[1] Exod. 3.

como escudo que fue donde se repararon todos los golpes necesarios, para redimir al hombre. Pues lo que aquí se siguió, ¿qué fué? Convertir al mundo engañado, reyes, emperadores y grandes señores, a que conociesen y confesasen (por su Dios) a aquel que con tanta deshonra sabían había sido condenado y muerto con muerte de cruz. Y por cuyo medio lo obró, sino de unos pobres y desechados pescadores, hombres idiotas, sin letras, sin poder, ni valor, ni otro favor humano.

Pues eligió Dios a Moysén, hombre de voz humilde y flaca, como dice Teodoreto, tardo de lengua y de lenguaje, grosero y basto, para los milagros que habían de obrar en Egipto, y la gloria con que había de sacar el pueblo hebreo de su dura servidumbre y triunfar del rey tirano, no se atribuyese a Moysén, sino al poder de Dios, que era el que todo esto obraba, por medio y traza de su caudillo Moysén; y lo mismo hizo en la elección de sus apóstoles, que habiendo de ser maestros y doctores en su iglesia, los elige idiotas y simples; para que entienda el mundo que lo que Dios tiene por ignorante y necio, lo canonizan los hombres (como dice San Pablo) por muy sabio y discreto; y que lo que el mundo tiene por fuerte y poderoso, Dios lo juzga por enfermo y debilitado, y lo desechado del mundo, al parecer de los hombres, eso es fuerte y poderoso para Dios, y con lo que hace guerra al mundo y lo vence; como se dice en lo natural, del ratón, que es contrario al elefante y metiéndosele por las narices o trompa lo mata.

Por esta misma traza quiso que se hiciese la conversión de este nuevo mundo, que en número de gentes ha sido muy grande; y tanto como lo pudo ser en tiempo de los apóstoles, no por otro instrumento, sino de niños; porque niños fueron los maestros de los evangelizadores, y los niños fueron también predicadores, y los niños ministros de la destruición de la idolatría. Y puesto que los principales obreros fueron los bienaventurados religiosos, que el señor escogió para enviar a este apostolado, con ser ellos en humildad, llaneza y sinceridad, harto semejantes a la pureza y sinceridad de los niños, aún quiso humillarlos mucho más y hacerlos más semejantes a ellos, hasta ponerlos en necesidad de burlarse con los niños.

Y como dicen de Moysén, hombres doctos, que si se hallara idóneo y con todas las partes requisitas para aquella misión, fuera posible que se ensoberbeciera y vanagloriara; pero por excusarse y quitarle de este riesgo y peligro, conoció en sí la falta de su lengua y la necesidad que tenía de intérprete. Así, ni más ni menos, quiso Dios que estos ministros evangélicos, no sólo no tuviesen luego lengua para declararse, sino que sus intérpretes y declaradores fuesen niños, y que de los niños la aprendiesen; porque de saberla luego no incurriesen en algún peligro de vanagloria (cosa común, en semejantes casos, si Dios por su misericordia no lo remedia y previene). Bien pudiera Dios darles luego en llegando, la lengua que tanto deseaban saber, y que de fuerza la habían menester para la ejecución de su ministerio, como la dio a los apóstoles el día de Pentecostés, y como se la dio después a estos mismos y a otros por ventura de menos perfección, que la supieron más por don concedido, que por industria y trabajo. Empero quiso que los primeros evangelizadores de estos indios aprendiesen, como

a volverse al estado de niños; para darnos a entender que los ministros del evangelio, que han de tratar con ellos, si pretenden hacer buena obra en el culto de esta viña del Señor, conviene que dejen la cólera de españoles, la altivez y presumpción, y se hagan indios, con los indios, flemáticos y sufridos, como ellos, pobres y desnudos, mansos y humildes, como lo son ellos.

Por esta humildad que aquellos siervos de Dios mostraron en hacerse niños con los niños, obró el Espíritu Santo para su consuelo y ayuda en su ministerio una inaudita maravilla en aquellos niños; y fue que, siéndoles tan nuevos y tan extraños a su natural aquellos frailes, negaron la afición natural de sus padres y madres, y pusiéronla de todo corazón en sus maestros, como si ellos fueran los que los habían engendrado y criado, en tanta manera que ellos mismos fueron los que descubrieron a los siervos de Dios los ídolos que sus padres tenían escondidos y los acusaron de sus supersticiones y errores, como se verá adelante en el proceso de esta historia.

Este ejemplo de hacerse niños con los niños estos imitadores de Cristo nuestro señor, dél mismo lo tomaron, pues sabían por San Mateo,[2] que para confundir la alteración que sus discípulos tuvieron, acerca de la mayoría del reino de los cielos, llamó un niño (que fue, según Lira, San Marcial, que después lo envió San Pedro a predicar a la provincia Lemonicense, en el reino de Francia) y lo puso delante de todos, y según San Marcos,[3] lo abrazó y hizo mil caricias y dijo: Que el que había de ir a los cielos y ser mayor allá, había de ser acá en el suelo tan pequeño en la simplicidad y llaneza, como aquel niño que tenía entre sus brazos; que por ser tal lo abrazaba y ponía en su regazo. De aquí pudieron tomar motivo estos apostólicos varones de mostrarse tiernos y mansos con estos niños y darles el corazón, y amarlos como a hijos, pues ya veían sus esperanzas cumplidas, en la ayuda que les daban, para salir con su intento, y comenzar la obra de su predicación y enseñamiento.

CAPÍTULO XVI. *De cómo se edificó la iglesia de San Francisco en la ciudad de Mexico y se puso en ella el Santísimo Sacramento; y del grande provecho que desto comenzó a resultar*

UNQUE (como tenemos probado en el libro de los templos) Dios no tiene necesidad de casa en que viva, pues es infinita su grandeza, con todo ha querido tenerlas en la tierra por muchas razones que en aquel libro dijimos; el cual número de casas dedicadas en la tierra en su honra y servicio, creció mucho más en este estado de gracia, que las hubo en el de las otras dos leyes; pues no sabemos que entonces hubiese tenido

[2] Math. 18.
[3] Marc. 9.